

MONA
KASTEN

Maxton Hall

SAVE YOU

Solo un beso
puede salvarte

MONA
KASTEN

*Maxton
Hall*
SAVE YOU

Traducción de Andrés Fuentes

 Planeta

Título original: *Save You*

© LYX, in Bastei Lübbe AG, 2018

Rights negotiated through Ute Körner Literary Agent
www.uklitag.com

© por la traducción, Andrés Fuentes, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021, 2025

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la cubierta: © Júlia Gaspar

Imágenes de la cubierta y del interior: © Júlia Gaspar

Primera edición: julio de 2021

Primera edición en esta presentación: marzo de 2025

ISBN: 978-84-08-30054-0

Depósito legal: B. 2.146-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Lydia

James está borracho. O colocado. O ambas cosas a la vez.

Lleva tres días sin reaccionar. No hace nada salvo celebrar en el salón una especie de fiesta permanente, vaciar una botella de alcohol tras otra y fingir que no ha ocurrido nada. No comprendo cómo puede ser así. Por lo visto no le interesa en absoluto que nuestra familia se esté disolviendo definitivamente.

—Creo que es una forma de duelo.

Miro de reojo a Cyril. Es el único que sabe lo que ha sucedido. Se lo conté la noche en que James se drogó en su fiesta y se enrolló con Elaine en presencia de Ruby. Alguien tenía que ayudarme a llevar a James a casa sin que Percy o papá se enterasen del estado en que se encontraba. Puesto que nuestras familias mantienen una estrecha amistad, Cy y yo nos conocemos desde que éramos pequeños. Y pese a que papá me ha hecho prometerle que no contaré a nadie lo que le ha ocurrido a mamá antes del comunicado oficial de prensa, sé que puedo confiar en él y que guardará el secreto, incluso ante Wren, Keshav y Alis-tair.

No habría superado estos últimos días sin su ayuda. Ha convencido a papá para que deje tranquilo a James por un tiempo y ha hecho entender a los otros chicos que no debían hacer preguntas. Se contienen, aunque tengo la sensación de que cada día les resulta más difícil presenciar cómo James se destruye a sí mismo.

Mientras mi hermano lo hace todo para ofuscar su mente, yo solo soy capaz de pensar en cómo será mi vida de ahora en adelante. Mi madre ha muerto. La madre de Graham murió hace siete años. El pequeño que crece en mí no tendrá abuelas.

En serio. Esto es lo que continuamente me pasa por la cabeza. En lugar de estar de duelo, cavilo sobre el hecho de que mi bebé nunca experimentará el abrazo de una abuela cariñosa. ¿Qué me está sucediendo?

Pero no puedo hacer nada por evitarlo. Los pensamientos se agolpan en mi mente fuera de control, uno sigue al otro hasta que me sumerjo en escenas de terror y siento un miedo tan terrible al futuro que no puedo concentrarme en ninguna otra cosa. Es como si llevara tres días en estado de shock. Es probable que, cuando papá nos comunicó lo ocurrido, algo en James y también en mí se estropeará de forma fatídica.

—No sé cómo ayudarlo —susurro, mientras observo cómo James vacía su vaso de un trago.

Me duele presenciar lo mucho que sufre. No puede seguir así eternamente. En algún momento tendrá que enfrentarse a la realidad. Y, en mi opinión, solo hay una persona en este mundo que puede ayudarlo.

Por enésima vez saco el móvil y marco el número de Ruby, pero no contesta. Me gustaría estar enfadada con

ella, pero no puedo. Si yo hubiera pillado a Graham con otra, tampoco querría saber nada ni de él ni de nadie de su entorno.

—¿Ya la estás llamando otra vez? —pregunta Cy con una mirada escéptica.

Cuando asiento con la cabeza, frunce el ceño con desprecio. No me sorprende su reacción. Cyril piensa que Ruby no es más que una aprovechada que tenía la vista puesta en la herencia de James. Yo sé que no es cierto, pero cuando Cyril se forma una opinión de alguien es difícil convencerlo de otra cosa. Y por mucho que me entristezca, no me lo tomo a mal, pues esta es su manera de cuidar de sus amigos.

—No hace caso a nadie. Creo que ella podría evitar que se vuelva loco por completo. —Mi voz suena extraña a mis propios oídos. Tan fría y apagada... Sin embargo, yo por dentro me siento totalmente distinta.

El dolor casi no me permite tenerme en pie. Es como si me hubieran atado y llevara días sin poder deshacer los nudos de la cuerda. Como si mis pensamientos se movieran en un tiovivo que gira y gira sin cesar y del que no logro bajarme. Para mí nada tiene sentido, y cuanta más energía gasto en luchar contra esta sensación de desamparo que crece en mí, más me envuelve ella.

He perdido a una de las personas más importantes de mi vida. No sé cómo lo superaré sola. Necesito a mi hermano gemelo. Pero James no hace más que evadirse y destruir todo aquello que se cruza en su camino. La última vez que vi a mi padre fue el miércoles. Está de viaje y se reúne con abogados y asesores para regular el futuro de las Beaufort Companies. No tiene ni un minuto libre para ocupar-

se del entierro de mamá. Para eso ha contratado a una planificadora llamada Julia que ha estado entrando y saliendo de casa estos últimos días como si perteneciera a la familia.

Solo de pensar en el entierro de mamá se me contrae el estómago. Me quedo sin aire, los ojos me empiezan a esco- cer. Me vuelvo a toda prisa, pero Cyril se da cuenta.

—Lydia... —susurra, y me coge suavemente la mano.

Yo se la suelto y dejo la habitación sin pronunciar palabra. Los chicos no deben verme llorar. Llegará un momento en que ya no podrán contenerse y, pese a las advertencias de Cyril, empezarán a hacer preguntas. Ninguno es tonto. James nunca se había comportado así. Aunque de vez en cuando se pasa, normalmente sabe dónde están sus límites. Los otros hace tiempo que han observado que ahora no es el caso. Habla por sí mismo el hecho de que Keshav se haya puesto a retirar del mueble bar una botella de licor tras otra y que Alistair haya tirado por el váter «sin querer» el par de gramos de cocaína que todavía le quedaban a James.

Estoy impaciente por que todo este secretismo se acabe de una vez. En pocos minutos, quince para ser exactos, se hará pública la noticia del fallecimiento de mamá, y entonces no solo se enterarán los chicos, sino todo el mundo. Ya me imagino los titulares y a los periodistas delante de la puerta de casa y de la escuela. Siento náuseas, y recorro dando traspiés el pasillo hasta llegar a la biblioteca.

El brillo mortecino de las lámparas ilumina las numerosas estanterías donde descansan nobles volúmenes encuadernados en piel. Me apoyo en ellas mientras cruzo la habitación con las rodillas flaqueándome. Al fondo, junto a la ventana, hay un sillón tapizado de terciopelo granate.

Ya de pequeña era mi lugar favorito de esta casa. Ahí era donde me hacía un ovillo cuando quería aislarme de los chicos, de papá, de las expectativas que el apellido Beaufort lleva consigo.

La visión de este pequeño rincón de lectura me empuja a derramar todavía más lágrimas. Me siento en el sillón, doblo las piernas y las rodeo con los brazos. Hundo luego el rostro en las rodillas y lloro en silencio.

Todo lo que me rodea me parece irreal. Como si fuera un mal sueño del que puedo despertar si me esfuerzo lo suficiente. Desearía volver al verano, hace año y medio, cuando mi madre aún vivía y Graham me abrazaba siempre que me sentía mal.

Mientras me seco los ojos con una mano, saco con la otra el móvil del bolsillo del pantalón. Cuando desbloqueo la pantalla, descubro que se me ha manchado el dorso de la mano de rímel.

Voy a los contactos. Como siempre, Graham está guardado justo después de James en mis favoritos, incluso a pesar de que hace meses que no hablo con él. No sabe nada de nuestro bebé y menos todavía de la muerte de mi madre. He cumplido su deseo de no volver a llamarlo. Jamás en mi vida nada me había resultado tan difícil. Durante dos años hablábamos casi a diario y luego, de repente, de un día para otro, nunca más. Ha sido como internarme en un periodo de abstinencia total.

Y ahora... tengo una recaída. Marco su número de forma automática y oigo la señal al tiempo que aguanto la respiración. Al cabo de un momento desaparece. Cierro los ojos e intento con todas mis fuerzas deducir si ha descolgado o no. En ese instante tengo la sensación de que

podría morir ahogada en el solitario desamparo que me envuelve desde hace días.

—No más llamadas. Habíamos quedado en eso —susurra.

El sonido de su suave y áspera voz me destroza. Los sollozos sacuden todo mi cuerpo. Me tapo la boca con la mano que tengo libre para que Graham no me oiga.

Pero es demasiado tarde.

—¿Lydia?

Percibo en su tono que está asustado, pero no puedo decir nada, solo mover la cabeza. Respiro demasiado rápido, de forma incontrolada.

Graham no cuelga. Permanece en el auricular y emite unos sonidos leves, sosegadores. Escucharlo me agita por dentro, pero al mismo tiempo me hace sentir tanta tranquilidad que aprieto más el móvil contra mi oído. Creo que su voz fue una de las razones por las que me enamoré de él, mucho antes de verlo por primera vez. Me acuerdo de esas conversaciones telefónicas que duraban horas, de que tenía la oreja caliente y me dolía, de que me despertaba y Graham seguía en el auricular. Su voz es suave y tenue, profunda y tan penetrante, como mínimo, como sus ojos, de un castaño dorado.

Con Graham siempre me sentía segura. Durante un tiempo fue mi sostén. A él debo agradecerle haber superado lo de Gregg y haber vuelto a mirar hacia delante.

Y aunque estoy por los suelos, esa sensación de estabilidad lucha por emerger de nuevo. El sonido de su voz me ayuda en cierta medida a tomar conciencia. No sé cuánto tiempo pasa, pero mis lágrimas se van agotando paulatinamente.

—¿Qué ocurre? —susurra.

No logro contestar. Todo lo que consigo es exhalar un gemido de desamparo.

Se queda callado un minuto. Lo oigo respirar un par de veces, como si quisiera decirme algo pero en el último momento se reprimiese. Habla por fin a media voz y con un tono pesaroso.

—Nada me gustaría más que salir corriendo y estar a tu lado.

Cierro los ojos, me lo imagino en su casa, junto a la vieja mesa de madera que parece que vaya a caerse en pedazos de un momento a otro. Graham dice que es una «antigüedad», pero en realidad solo la ha recogido de la basura y la ha pintado de nuevo.

—Lo sé —murmuro.

—Pero también sabes que no puedo, ¿verdad?

Algo se rompe en el salón. Oigo el tintineo del cristal, y justo después alguien grita. No sé si de dolor o de placer, pero me enderezo al instante. No debo permitir que James también se hiera físicamente.

—Siento haberte llamado —musito con la voz quebrada, dando por terminada la conversación.

Me duele el corazón cuando me levanto y salgo de ese rincón protegido para ir a ver cómo está mi hermano.

Ember

Mi hermana está enferma.

En circunstancias normales diría que no es algo extraordinario; a fin de cuentas, estamos en el mes de di-

ciembre y en el exterior la temperatura está por debajo de cero, y allá adonde vayas hay gente sonándose la nariz y tosiendo. Tarde o temprano uno acaba contagiándose.

Pero... mi hermana nunca se pone enferma. En serio, nunca.

Hace tres días, cuando llegó a casa al anochecer y se metió en la cama sin pronunciar palabra, no sospeché que sucediera nada raro. Al fin y al cabo, acababa de terminar la maratón para ingresar en Oxford, lo que sin duda la había agotado no solo psíquica sino también físicamente. Aun así, cuando al día siguiente afirmó que estaba resfriada y que no iba a ir a la escuela, me extrañó. Cualquiera que conozca a Ruby sabe a la perfección que aun con fiebre se arrastraría a clase por temor a perderse algo importante.

Hoy es sábado, y a estas alturas estoy de veras preocupada. Ruby apenas ha salido de su habitación. Está tendida en la cama leyendo un libro tras otro y hace como si tuviera los ojos enrojecidos a causa del resfriado. Pero a mí no me engaña. Le ha pasado algo malo, y me pone negra que no me lo cuente.

Ahora observo a través de la ranura de la puerta cómo remueve su sopa sin probar bocado. No recuerdo haberla visto nunca así. Está pálida, bajo los ojos tiene unos círculos azulados que cada día se oscurecen más. Tiene el pelo grasiento y le cuelgan unos mechones despeinados a cada lado de la cara. Lleva además el mismo jersey desde el jueves. Normalmente, Ruby es la encarnación del orden. No solo cuando se trata de su agenda o de la escuela, sino también de su aspecto. Yo ni siquiera sabía que tuviese esos harapos.

—Basta de fisgar desde la puerta —dice de repente, y me sobresalto porque me ha pillado *in fraganti*.

Hago como si mi intención fuera entrar de todos modos y cruzo el umbral.

Ruby me mira con las cejas alzadas. Luego deja la sopa junto a la cama, en la bandeja donde se la he llevado. Reprimo un suspiro.

—Si no te la comes tú, me la comeré yo —amenazo señalando con la barbilla la sopa, lo que por desgracia no obra el efecto deseado.

Ruby se limita a hacer un vago gesto con la mano.

—No te esfuerces.

Me dejo caer con un gemido de frustración en el borde de su cama.

—Estos últimos días me he esforzado de verdad en dejarte tranquila, porque ya he notado que no tienes ganas de hablar, pero... estoy muy preocupada por ti.

Ruby se sube la manta hasta la barbilla, de forma que no asoma más que la cabeza. Tiene una mirada turbia y tristonera, como si lo ocurrido la abatiera ahora con todas sus fuerzas. Pero entonces parpadea y vuelve a estar aquí..., o al menos lo finge. Desde el miércoles pasado tiene en los ojos una extraña expresión. Como si estuviese presente físicamente pero con la mente en otro lugar.

—Solo estoy resfriada. Pronto se me pasará —replica en un tono uniforme, como el de esas voces muertas de ordenador que usan en la megafonía del metro o que te contestan al llamar a un servicio de atención al cliente, como si un robot ocupase su puesto.

Ruby vuelve el rostro a la pared y se tapa todavía más con la manta, una señal inequívoca de que da por zanjada

la conversación. Suspiro y voy a levantarme otra vez cuando una luz encendida en el móvil, sobre la mesilla de noche, llama mi atención. Me inclino un poco para poder ver la pantalla.

—Te llama Lin —digo en un murmullo.

—Me da igual. —La respuesta suena amortiguada.

Con el ceño fruncido, observo que la llamada se interrumpe y que poco después aparece la notificación de llamadas perdidas. Ya ha llegado a las dos cifras.

—Te ha llamado más de diez veces, Ruby. Sea lo que sea lo que ha ocurrido no puedes esconderte por toda la eternidad.

Mi hermana se limita a soltar un gruñido.

Mamá me ha dicho que le dé tiempo, pero cada día me resulta más difícil ver cómo sufre Ruby. No hay que ser un genio para sumar dos y dos y llegar a la conclusión de que probablemente James y sus chiflados amiguitos tengan algo que ver en esto.

Sin embargo, yo pensaba que ya había dejado aparcado el tema Beaufort. ¿Qué habrá pasado? ¿Y cuándo?

He intentado analizar la situación del modo en que lo haría Ruby en mi lugar y he confeccionado una lista mental:

- Ruby estuvo en Oxford para la entrevista.
- Cuando regresó, todo iba sobre ruedas.
- Por la tarde apareció Lydia Beaufort en nuestra puerta y Ruby se marchó con ella.
- Luego todo cambió: Ruby se encerró y no cuenta nada.
- ¿¿¿Por qué???

De acuerdo. Es probable que la lista de Ruby fuera más estructurada, pero al menos he enumerado los acontecimientos de una forma lógica y sé que, sea lo que sea lo que ha ocurrido, sucedió el miércoles por la tarde.

Pero ¿adónde fueron Lydia y mi hermana?

Paso la mirada de Ruby, de la que ahora solo asoma la raíz del cabello por debajo de la manta, al móvil. Sospecho que no lo echará de menos; estoy bastante segura.

—Si necesitas cualquier cosa, estoy aquí al lado —digo, aunque sé que no va a recurrir a mi ofrecimiento.

Luego me levanto con un suspiro exagerado y cojo el móvil rápida como un rayo. Lo escondo en la manga de mi holgado jersey de punto y me voy de puntillas a mi habitación.

Cuando cierro silenciosamente la puerta a mis espaldas, suspiro aliviada y en ese mismo instante ya siento remordimientos. Miro nerviosa la pared como si Ruby pudiera verme desde la cama. Es probable que no vuelva a hablarme nunca más cuando averigüe que no he respetado su intimidad. Sin embargo, es mi obligación como hermana encontrar una forma de ayudarla, ¿verdad?

Voy a mi escritorio y me siento en la silla, que emite un crujido. Entonces saco el móvil de la manga. Mi hermana no suelta prenda de lo que le sucede en la escuela, pero yo sé, por supuesto, con qué tipo de gente se relaciona en Maxton Hall: chicos y chicas cuyos padres son aristócratas, actores, políticos y empresarios, que ejercen tanta influencia en nuestro país que no es extraño oír sus nombres en las noticias. Desde hace un tiempo, sigo por Instagram a un par de compañeras de Ruby y me entero también de los rumores que corren sobre ella. La mera idea de lo que

esa gente podría haberle hecho a mi hermana me revuelve el estómago.

Dudo unos instantes, después desbloqueo el móvil de Ruby y abro la lista de llamadas. Lin no ha sido la única en intentar contactar con ella: un número que no está guardado en sus contactos aparece varias veces. Sin pensarlo mucho llamo a Lin; es la única persona de la siniestra escuela de Ruby a la que al menos conozco en persona. Acercó titubeante el auricular a mi oreja. Se oye un tono de llamada y enseguida responde.

—Ruby —oigo decir a Lin entre jadeos—. Por fin. ¿Cómo estás?

—Lin... Soy yo, Ember —la interrumpo antes de que siga hablando.

—¿Ember? ¿Qué...?

—Ruby no se encuentra demasiado bien.

Lin calla un momento. Luego afirma despacio:

—Es comprensible después de lo que ha ocurrido.

—¿Qué ha ocurrido? —replico automáticamente—. ¿Qué demonios ha pasado, Lin? Ruby no me cuenta nada y estoy preocupadísima. ¿Le ha hecho algo Beaufort? Si es así, a ese gilipollas le voy...

—Ember. —Ahora es ella la que me corta a mí—. ¿De qué estás hablando?

Arrugo la frente.

—¿A qué te refieres tú?

—Me refiero al hecho de que el miércoles Ruby me escribió contándome que había hecho las paces con James Beaufort, y hoy me entero de que su madre había muerto el lunes anterior.